

El Trollino

HORADE MIKELLINO

Nuestra primera noche



TEAMCOMPAS

mĩ

El Trollino

HORADE MIKELLINO

Nuestra primera noche

ÍNDICE

INTRODUCCIÓN

EL COMIENZO DEL CAOS, 8

CAPÍTULO 1

HUYENDO DE LOS HOMBRES SIN FIN, 12

CAPÍTULO 2

LA APARICIÓN DE UN INESPERADO COMPAÑERO, 28

CAPÍTULO 3

PERDIDOS EN LA CUEVA, 46

CAPÍTULO 4

EL CABALLERO EXTRAVIADO, 68

CAPÍTULO 5

LA BRUJA MARUJA, 84

CAPÍTULO 6

LA ALDEA DE LOS GUARDIANES DE LIBROS, 102

CAPÍTULO 7

DENTRO DE LA BIBLIOTECA IMPENETRABLE, 118

CAPÍTULO 8

ATRAPADOS EN LA SALA DE LA DESTREZA, 134

CAPÍTULO 9

LA SALA DE LA VALENTÍA, 150

CAPÍTULO 10

EN EL MAR DE LAS TORMENTAS, 168

CAPÍTULO 11

**EL ENFRENTAMIENTO CONTRA EL GUARDIÁN
ANCESTRAL, 186**

EPÍLOGO, 204

INTRODUCCIÓN

EL COMIENZO DEL CAOS

«¿Desea continuar la partida?»

La pregunta que había aparecido de forma repentina en la pantalla del ordenador de Trolli comenzó a parpadear con grandes letras amarillas.

—Por supuesto, pero ¡antes necesito un café! —exclamó el chico mirando su taza vacía.

Sin perder un segundo, el muchacho pausó el juego y se dirigió hacia la cocina. Llevaba más de cinco horas en frente del ordenador. Necesitaba estirar las piernas y descansar los ojos antes de enfrentarse a la partida final.

—Debería salir a comprar —advirtió el muchacho al mirar la cafetera vacía—. He acabado con todas mis reservas de cafeína. Además, debería comer algo. Pronto será la hora de cenar.

Trolli abrió los armarios y miró a su alrededor. La cocina también se encontraba desierta. Estaba claro que con la partida se le había olvidado ir al supermercado.

—¡Ya sé! —exclamó—. Puedo pedir una pizza. Eso siempre va bien, da igual la hora que sea.

Sin dudarle un segundo, volvió a su cuarto, aferró el teléfono móvil que tenía sobre la mesa y marcó el número de la pizzería más cercana.

—Pizzería Mozzarella —contestó una voz al otro lado de la línea—. Luigi al aparato. ¿En qué puedo ayudarle?

—Me gustaría pedir una pizza cuatro quesos.

—Lo siento —dijo Luigi—. No nos quedan.

—Ah, vaya —se lamentó Trolli—. Bueno, da igual. Tráigame entonces una vegetariana. También me gustan mucho.

—Qué lástima —volvió a responder Luigi—. Esas tampoco nos quedan.

—¿Y una de beicon y cebolla?

—Nop.

—¿Barbacoa?

—Menos aún.

—¿Y esas que tienen piña y que parecen todo menos una pizza? —preguntó Trolli ya completamente desesperado.

—Tampoco. Nada. *Nothing. Rien. Niente* —dijo la voz al otro lado del aparato.

Trolli miró el móvil mosqueado.

—Vaya. Realmente no tenéis gran cosa. Tal vez deberíais llamaros *nadería* en vez de *pizzería*.

—Lo siento, señor —replicó Luigi—. Precisamente eso es lo que trataba de explicarle. No nos quedan pizzas, ni horno, ni motos, ni trabajadores. Ha desaparecido todo. ¡Ya no tenemos ni paredes!

—¿En serio? —preguntó Trolli sorprendido.

—Lo que oye. Un terremoto ha destrozado el local y los repartidores han tenido que huir por culpa de unas sombras que los perseguían.

—¿Unas sombras? —repitió el chico, que apenas podía creerse lo que estaba oyendo.

—Sí, unos seres oscuros y alargados, como un...

Trolli no pudo escuchar el resto de la frase. Las interferencias en el teléfono cortaron la comunicación. Asustado, levantó la cabeza y miró a través de la ventana de su habitación. Lo que vio le dejó totalmente aterrorizado.

En el cielo había una grieta de la que salía una extraña luz verde. Al principio Trolli pensó que sus ojos lo engañaban y que aquella sorprendente hendidura no era más que un cometa o algún tipo de aeroplano extraño que se había quedado inmóvil en el cielo, pero nada más lejos de la realidad. Al cabo de unos segundos comenzaron a escucharse unos sonidos aterradores provenientes del agujero: aullidos y gemidos que ponían los pelos de punta.

—¿Qué diablos es eso? —se preguntó Trolli abriendo la boca.

La verdad es que no tenía ni la más mínima idea, pero de una cosa sí que estaba seguro. Aquello no podía significar nada bueno.



CAPÍTULO 1

HUYENDO DE LOS HOMBRES SIN FIN

Con pasos lentos y dubitativos, Trolli se acercó hasta la puerta principal y salió al exterior. Una vez allí, no pudo más que abrir la boca con asombro. La situación en la calle era de un caos absoluto. Su vecina Romualda, la señora regordeta que nunca le saludaba, estaba siendo atacada por una araña gigante. El repartidor de paquetes, a su vez, era perseguido por una jauría de perros salvajes. El resto de la gente corría asustada.

—Pero ¿qué demonios ocurre aquí? —preguntó Trolli avanzando por la concurrida avenida.

El muchacho no tuvo tiempo de buscar una respuesta, ya que de la grieta comenzaron a salir todo tipo de criaturas terroríficas: zombis, esqueletos y unos extraños seres alargados que no tenían cara.



—¡Por todas las consolas y videojuegos del mundo!
¿Qué diablos es eso? —vociferó Trolli levantando los ojos.

De la hendidura sobresalía la cabeza de un dragón negro y espeluznante. Su aspecto era sobrecogedor. La piel de su cuerpo era tan oscura que las sombras a su lado parecían resplandecientes. Además, tenía unos ojos morados

que brillaban en la oscuridad y unas garras con las que intentaba abrir la grieta. Por si fuera poco, tenía escamas hasta en las pestañas. Vamos, que daba un miedo terrible. Por suerte, la monstruosa criatura era demasiado grande para entrar por la abertura, así que lo único que podía hacer era rugir y echar fuego por la boca.

«¡Esto no puede ser real!», se dijo Trolli. «Tal vez me haya quedado dormido y esté soñando que estoy dentro de mi propia partida de ordenador. Lo único que tengo que hacer es pellizcarme una mejilla para despertarme».

Sin dudarlo un instante, el muchacho se retorció el moflete hasta dejarlo rojo como un tomate.

—¡Ay! —gritó.

El truco no funcionó. Aquellas espeluznantes criaturas, lejos de desaparecer, cada vez eran más numerosas.

—Lo mejor será salir de aquí —comentó Trolli comen-
zando a asustarse—. Tengo que buscar un lugar seguro antes de que la situación empeore todavía más.

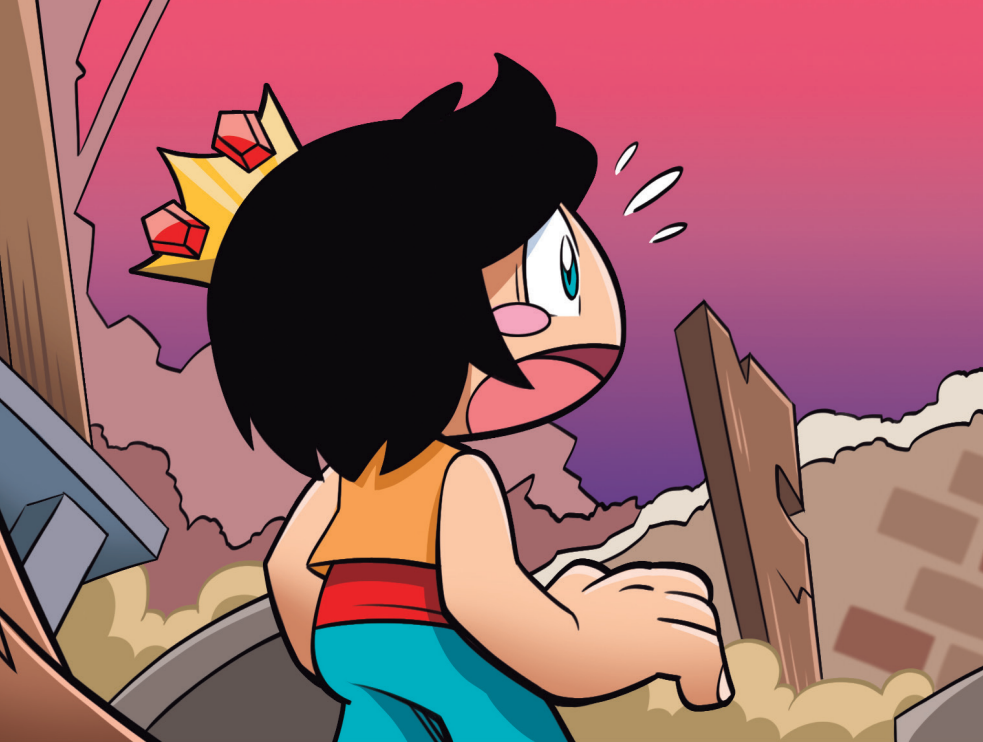
No había terminado de pronunciar estas palabras cuando una roca de lava cayó desde el cielo, como por arte de magia, aplastando su casa y convirtiéndola en un montón de escombros.

—¡Mi casita! —sollozó.

Realmente no había quedado nada de la vivienda. Tan solo un par de maderas astilladas y una pantalla resquebrajada en la que había aparecido una pregunta escrita: «¿Desea guardar la partida?».

Trolli se acercó hasta el montón de cristales y buscó el *joystick* por todos lados. Iba a decir que sí cuando, de





repente, una sombra alargada y sin rostro apareció delante de él.

—¡Caray! ¡Qué tipo más feo!

El ser, mitad espíritu, mitad monstruo, no respondió. Tan solo se acercó hasta donde estaba el chico y abrió una boca gigantesca, como si pretendiera absorberlo.

—Lo siento —dijo Trolli dando un paso para atrás a toda prisa—, pero todavía no nos conocemos lo suficiente como para algo así. Tal vez si fuera nuestra segunda cita... Pero no creo que la haya. ¡Hasta luego!

Tras decir eso, Trolli se alejó de la criatura a toda velocidad. Trepó por los escombros de lo que antiguamente había sido su vivienda e intentó poner tierra de por medio.



Por supuesto, aquella huida repentina no funcionó. El ser espectral, enfadado por la fuga, se acercó hasta Trolli volando y le cortó el paso.

—Creo que te estás tomando demasiadas confianzas —dijo este, volviendo a alejarse del bicho—. Lo siento, pero no me gustas. Será mejor que te busques otro cuerpo que succionar.

El engendro, lejos de hacer caso a su interlocutor, intentó extraer el alma de Trolli una vez más.

—Oye, ¿qué pasa? —dijo el asustado muchacho—. ¿No entiendes mi idioma? Te lo he dicho ya tres veces: ¡no es no!

Sin dar tiempo a que la sombra pudiera acercarse más, Trolli se agachó y agarró un par de ladrillos del suelo. A continuación, comenzó a lanzárselos a la espectral figura. Estos traspasaron su cuerpo como si de un fantasma se tratase.

—¡Glups! Con esto no contaba —suspiró Trolli.

Aquel ser parecía irreal. Ni las espadas, ni las balas, ni los ladrillos arrojados con mala leche podrían acabar con él. Estaba claro que aquel bicho era mucho más peligroso de lo que parecía en un principio.

—¡Anda, mira! ¡Una viejecita indefensa cruzando la calle! —gritó el chico señalando un lugar indeterminado detrás del espectro.

La sombra se giró rápidamente para observar lo que Trolli indicaba. Momento que este aprovechó para salir corriendo.



—¡Lo siento, pero me las pico! ¡Creo que tú y yo no tenemos futuro juntos!

Estaba claro que, a estas alturas, el monstruo y él no se iban a entender, así que, aprovechando el despiste, Trolli trepó por los escombros. Saltó un par de muebles desven-
cijados y rodeó un muro de hormigón semiderruido. Ya estaba a punto de dejar atrás a su perseguidor cuando, de repente, alguien chocó contra él.

—¡Oye, hay que mirar por dónde se va! ¡No se puede correr a lo loco!

La voz que le sermoneaba era la de su vecina, la panadera, que parecía estar huyendo en dirección contraria.

—¡Jacinta! —exclamó Trolli acariciándose la golpeada nariz—. ¡Qué alegría verte!

—¡Y que lo digas! —comentó la chica rascándose la frente—. Pensé que ya no quedaban más vecinos en el barrio.



—¿Y eso? —preguntó el muchacho sorprendido.

—Ya ves, todo el mundo está desapareciendo.

Al oír aquellas palabras, Trolli tragó saliva.

—¿Desapareciendo? ¿Cómo que desapareciendo?

—Sí. Es por culpa de las sombras —anunció la vecina.

—¿Te refieres a esa criatura negra que me he encontrado antes?

—Claro. Son espectros, seres sin rostro que absorben el alma de las personas.

—¿En serio? —preguntó Trolli incrédulo y al mismo tiempo aterrado.

—Sí —confirmó Jacinta—. Los periodistas han informado de que muchos habitantes, entre ellos el alcalde de la ciudad, el jefe de la policía y la mitad del cuerpo de bomberos, han desaparecido.

—¡Ahora entiendo a la gente que corría por la calle! —dijo Trolli—. ¡Por lo visto no era una propuesta para hacer *running*, sino para huir de todos estos monstruos!

—Pues claro —confirmó la panadera—. Los espectros han comenzado a capturar personas y convertirlas en lo que ellos son: seres sin identidad y sin sentimientos.

—Vaya. Eso es muy triste —dijo el chico entristecido.

—Y que lo digas. Lo peor es que cuantos más espectros hay más personas se transforman. Es la historia sin fin.

—¿Y no se puede hacer nada? —preguntó Trolli impotente.

Jacinta negó con la cabeza y, a continuación, miró hacia arriba. Trolli hizo lo mismo. Grandes relámpagos ilumi-

naban el cielo, como si se encontrasen en una película de terror. Apenas se podía ver nada. El sol parecía un triste recuerdo.

—Oye, será mejor que nos movamos —sugirió la panadera—. Aquí en la calle no estamos seguros.

—Tienes razón —confirmó Trolli—. Lo mejor será que busquemos un refugio.

Rápidamente, se pusieron a caminar por la acera mientras seguían hablando.

—¿Sabes por qué ha aparecido esa extraña grieta en el cielo? —preguntó el muchacho retomando la conversación.

—Nadie lo sabe —contestó Jacinta—. Los expertos creen que podría ser un portal que nos conecta con otro universo, una dimensión donde el mal campa a sus anchas.

—¿El mal? —preguntó Trolli asustado.

—Sí —confirmó la vecina—. ¿No te has fijado? Desde que la grieta se ha abierto en el cielo, las criaturas de la noche han comenzado a salir de sus guaridas y a expandirse por todo Planeta Cúbico.

Trolli miró a su alrededor. Jacinta decía la verdad. Arañas gigantes, zombis y seres ahogados perseguían a los habitantes de Ciudad Cubo para comérselos. El caos estaba comenzando a reinar en toda la metrópolis.

—¡Pero esto es horrible! —exclamó el muchacho indignado, escondiéndose tras un coche.

—Pues no sabes ni la mitad —añadió la panadera.

—¿Cómo? ¿Pero es que todavía hay más?



—Claro que sí —dijo esta—. La grieta no solo ha provocado que los animales más terroríficos salgan a la superficie, sino que también ha hecho que los volcanes comiencen a expulsar magma.

Trolli se llevó una mano a la cara. Apenas podía creer lo que oía. Era como si todas sus pesadillas se hubieran hecho realidad a la vez.

—Parece que los cráteres se han puesto de acuerdo para explotar al unísono —continuó explicando Jacinta—. La televisión ha comenzado a dar noticias escalofriantes. Por lo visto la tierra se ha abierto y han comenzado a brotar ríos de lava por todas partes. Y en la radio decían que la ceniza inunda el cielo y el fuego arrasa los campos, haciendo que muchos animales tengan que huir asustados.

—Pero esto es horrible —volvió a repetir Trolli angustiado—. ¿Acaso no hay ninguna noticia buena?

—Me temo que no —respondió la vecina apenada—. Los canales de internet han informado de que las tormentas de granizo han comenzado a sucederse. Además, por si esto fuera poco, han dicho que los incendios asolan los campos y las olas invaden las costas.



—Pero, entonces, Tropicubo... —dijo Trolli, que no se atrevía a acabar la frase.

—Sí, inundado. Un tsunami ha acabado con todos los barcos que había en el puerto.

—¡No me lo puedo creer! —murmuró el chico apesadumbrado.

—Lo que no entiendo es cómo no te has enterado de todo esto —prosiguió Jacinta—. Los medios no han parado de hablar de las catástrofes durante todo el día. ¿Dónde has estado? ¿Encerrado en el baño?

—No —contestó Trolli avergonzando—. Lo que pasa es que me puse los auriculares para escuchar música mientras me preparaba café esta mañana y no me los he quitado desde entonces. Por eso me sorprende tanto lo que me cuentas. Han sucedido tantas cosas horribles en un lapso de tiempo tan breve que resulta casi imposible de creer.

—Lo sé —dijo la panadera—. A mí también me parece una pesadi...

De repente se quedó callada escuchando la oscuridad.

—¡Rápido! ¡Vayamos hacia esos contenedores de basura!

Trolli y Jacinta corrieron hasta el final de la calle y se pusieron a salvo tras los cubos. A continuación, esperaron unos segundos a que todo hubiera pasado.

—Falsa alarma —dijo la chica—. Me había parecido escuchar un ruido.

—Menos mal que no era nada —comentó Trolli saliendo del escondite y bajando por la avenida—. Por cier-

to, ¿qué han recomendado las autoridades que hagamos?

—Que huyamos hacia las montañas.

—No es mala idea —advirtió el muchacho con sensatez—. Tal vez nosotros deberíamos hacerles caso.

—Sí —comentó Jacinta—. Pero ¿cómo? No tenemos coche, así que tardaremos una eternidad en llegar hasta allí.

—¿Qué te parece si, en lugar de escapar hacia las montañas, vamos hacia el bosque? —propuso Trolli—. Está mucho más cerca y allí podremos escondernos de todos los monstruos.

—¡Me parece una idea fenomenal! —exclamó la chica—. ¡No sé a qué estamos esperando!

Jacinta apretó el paso y se puso adelante. A continuación, giró hacia la derecha por una pequeña callejuela con tan mala suerte que, justo al hacerlo, se encontró de bruces con el espectro que había estado persiguiendo a Trolli.

—¡Deprisa! —gritó—. ¡Corre!

No tuvo tiempo de decir más. Antes de que Jacinta pudiera huir, la sombra se acercó hasta ella y abrió la boca. Enseguida comenzó a sorberle el espíritu.

—¡Noooooooooooo! —gritó Trolli estirando el brazo.

Lamentablemente, no pudo hacer nada. En apenas unos segundos, su vecina se convirtió en otra criatura más sin rostro.

—¡Ay! Y ahora viene por mí —señaló el muchacho al ver que la sombra se giraba hacia él—. ¡Lo mejor será que me marche de aquí!

Sin perder tiempo, Trolli se adentró en el bosque a toda velocidad. Detrás de él, la criatura lo perseguía incansablemente. El chico aceleró el paso.

—¡Déjame en paz, monstruo asqueroso! ¿Es que no tienes nada mejor que hacer? ¡Búscate un hobby, algo así como darte cabezazos contra una pared!

Al cabo de cinco minutos esquivando zarzas, rocas y arbustos, Trolli tenía los pulmones que se le iban a salir por la garganta. Necesitaba detenerse si no quería vomitar hasta la primera papilla.

—Estoy en peor forma de lo que pensaba. Menos mal que al final no he pedido la pizza. Si no, no sé qué habría sido de mí.

A pesar de que apenas podía dar un paso más, Trolli sabía que no podía quedarse quieto. Necesitaba encontrar un escondite antes de que su perseguidor llegara al claro del bosque. Angustiado, miró hacia los lados. Allí no había nada para ocultarse: ni una madriguera ni un triste arbusto en el que poder esconderse. Aunque... Un momento. ¡En ese lugar había árboles por todos lados!

—¡Lo único que tengo que hacer es subirme a la copa de uno y esconderme allí!

Sin pensárselo dos veces, Trolli comenzó a trepar por el tronco como si fuera una pantera. Cuando llegó a la copa del árbol, se detuvo y se ocultó entre el forraje.

—Ahora, quieto —se dijo—. Solo tengo que esperar a que la criatura sin rostro pase de largo y estaré a salvo.

No tuvo que esperar mucho tiempo. Al cabo de seis o siete segundos, el espectro pasó flotando por el camino en el que él había estado unos momentos antes.

—Menos mal —susurró Trolli al ver marchar a su enemigo—. Creo que lo he despistado.

No había terminado de pronunciar estas palabras cuando un ruido llamó su atención. Provenía de un ser que se deslizaba por el tronco del árbol.

—¡Oh, no! ¿Contra qué abominable animal voy a tener que enfrentarme ahora?